

Próximo número:

**EXTRAORDINARIO**

Viernes, día 31 de diciembre

La grandiosa novela

# ¡Silencio!

Creación de los célebres artistas  
VERA REYNOLDS, H. B. WARNER, etc.

Novela de gran éxito  
Portada bicolor — 64 páginas  
Numerosas fotografías

Postal-fotografía regalo; Gertrude Olmsted  
Precio excepcional; 50 cts.

No deje usted de comprar el mismo  
Viernes, día 31 de diciembre,  
este precioso Número extraordinario

Compre usted:

La Princesa que supo amar

J. Horta, impresor - Barcelona

## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 256

25 cts.



**BARRERA  
INFRAQUEABLE**

FOR  
Alice Joyce  
Globe Brook  
etc.

**FilmoTeca**  
de Catalunya

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción | Vía Layetana, 12  
Administración | Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 256

---

## Barrera infranqueable

Narración en forma de novela de la película del mismo título adaptada de la novela «Passionate Adventure», de Frank Stayton

Interpretada por

CLIVE BROOK, ALICE JOYCE y MARJORIE DAW

Exclusiva de

**L. GAUMONT**

Paseo de Gracia, 66.-Barcelona

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
LLOYD HUGHES

úase contra lo que él creía una montaña de hielo.

Los padres de Amalia de Saint-Clair dije-

## Barrera infranqueable

Argumento de la película

En uno de los barrios más aristocráticos de Londres, rasga la diaria penumbra de la gris capital, la suntuosa morada de los jóvenes esposos Saint-Clair.

Su boda fué uno de esos matrimonios de conveniencia que conciertan los padres, sin contar para nada con el corazón de sus hijos, y que en vez de lazo de unión, suele ser barrera infranqueable que separa a los dos esposos.

Fernando de Saint-Clair, perteneciente a la mejor sociedad londinense, a pesar de haber llevado a su boda el tintineo salvador de sus libras, se casó enamorado de su esposa, y enamorado de ella seguía, aunque su amor, llama oculta bajo el ropaje del tedio, se estre-



*Empezaba a sentir como el amor por su marido iba adueñándose de su corazón.*

ron a ésta que debía casarse con Fernando para salvarlos de la ruina y del deshonor, y ella aceptó el sacrificio; pero, demasiado or-

gullosa para aceptar sin condiciones, impuso la de que su matrimonio no sería más que de nombre... y ahora empezaba a sentir cómo el amor por su marido iba, insensiblemente, adueñándose de su corazón, pero una timidez excesiva, fruto de una educación demasiado estrecha, la impulsaba a huir de él como de un enemigo.

En aquel suntuoso hogar, donde se respiraba un ambiente de rigurosa severidad, Felisa Davis, prima de Fernando, era la única persona que ponía una nota luminosa de alegría y de juventud. Había hecho cuanto había que hacer para que el nudo nupcial de sus primos no fuera cada día aflojándose más; pero sus esfuerzos tropezaron contra el orgullo obstinado de ella y contra la apatía de él...

El retrainamiento de los esposos Saint-Clair había ido alejando a casi todas sus amistades y actualmente, la única visita diaria con que contaban era con la de Gerardo Sladen, joven y experto detective, que desde hacía tiempo amaba apasionadamente a la simpática Felisa, que esperaba tan sólo que él le confesase su amor, para corresponderle con igual afecto.

Todas las noches llegaba Sladen decidido a declararle a la joven el cariño que por ella sentía, pero daba la casualidad que cuando

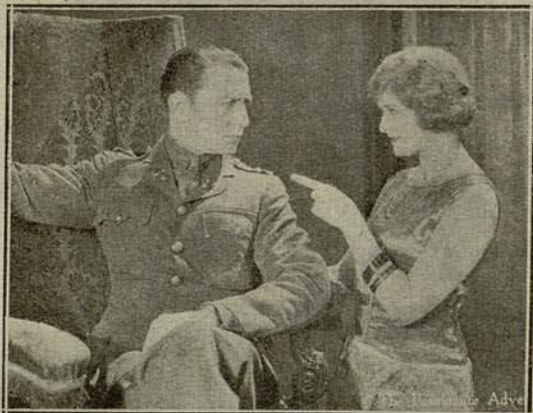
por fin conseguía vencer su timidez, la llegada de alguno de los esposos le hacía aplazar su declaración para el día siguiente.



—Felisa, ¿ha observado usted que siempre surge una interrupción cuando me decido a declararle mi amor?

Aquella noche la suerte parecía favorecer a Gerardo. Había encontrado sola en el salón a Felisa y empezó diciéndole:

—Felisa, ¿ha observado usted que siempre surge una interrupción cuando me decido a declararle mi amor? Usted sabe que si no lo he hecho antes, ha sido porque...



—¿No quiere usted darle un beso a su prima, señor Hurón?

Y una vez más, la entrada de Amalia, seguida de Fernando, cortó la declaración del enamorado policía en el punto más álgido.

Para Felisa, que conocía el carácter demasiado serio de su primo, era siempre una diversión el hacerle rabiar, y al verlo entrar se abrazó a él, diciéndole:

—¿No quiere usted darle un beso a su prima, señor Hurón?

—No seas pesada, Felisa — respondió éste, apartándola suavemente y arreglándose los desperfectos que aquélla había hecho en su indumentaria, al abrazarle.

—¡Hijo mío, deberías vivir bajo un fanal! — le reprochó la joven por su seriedad—. ¿Pero es posible que nunca hayas sentido la necesidad de hacer tonterías?

—Hay personas, Felisa, que no han podido reirse nunca, ni de niños, ni de jóvenes, ni de viejos... y yo soy una de esas personas — respondió Fernando, tristemente. Y procuró desviar la conversación que empezaba a deslizarse por un camino algo escabroso, preguntándole a su amigo:

—¿Qué crimen sensacional va a contarnos esta noche nuestro moderno Nick Carter?

—Esta noche no puedo contarles nada porque hoy en mi demarcación hubo absoluta tranquilidad — contestó algo desilusionado el detective, por carecer de esas noticias, que él calificaba de sensacionales.

Dos horas después, en el palacio reinaba el más completo silencio y Fernando, encerrado en su cuarto, sentía como una losa fría sobre su corazón, aquel alejamiento que su esposa le había impuesto.

Su vista recorría insensible las páginas de

un libro que leía, hasta que llamó poderosamente su atención el siguiente párrafo:

“...Era un exceso de educación, de civilización, lo que separaba a los dos esposos. Temía él ofenderla a ella, y no se atrevía ella a entregarse a él... Y entonces, Aurelio fué a vivir clandestinamente a Whitechapel, fué a pedir inyecciones de energía y hasta de brutalidad a aquel barrio, donde la vida tiene un ímpetu salvaje...”

Y Fernando, pensando que su caso era semejante al que describía el autor, decidió imitar al protagonista del libro; el simple pretexto de una semana de “golf” en Escocia, sería suficiente para evitar mayores explicaciones a Amalia.

Al día siguiente, al despedirse de su esposa, comprendió ésta que aquel viaje era un simple pretexto para alejarse de ella y sin poderse contener por más tiempo exclamó:

—Comprendo, Fernando, que los dos estamos equivocados... que en vez de buscarnos, nos vamos alejando cada día más el uno del otro.

—No hago más que cumplir tu condición — repuso él con su acostumbrada seriedad.

—Sí; pero cuando te impuse esa condición, no te amaba... y ahora sí...

Y cuando de nuevo quedó sola detrás de aquella puerta que la separaba de su marido,

Amalia, por primera vez en su vida de casada, sintió toda la inmensa amargura que le producía la condición que había impuesto al



*Amalia, por primera vez en su vida de casada, sintió toda la inmensa amargura que le producía la condición impuesta al casarse.*

casarse y a pensar que Fernando, si de veras la quisiese, no debía cumplirla tan al pie de la letra.

\*

\*\*

En el reservado de la misma estación, donde dejó depositada su maleta, Fernando Saint-

Clair quedó completamente disfrazado para vivir su "segunda vida" y desde allí se trasladó a Whitechapel, el barrio londinense que en medio de la vulgaridad gris de la vida cotidiana, era como un aguafuerte acre y violento.

Aquellos lugares, albergue de la miseria y del crimen, eran frecuentemente recorridos por Gerardo Sladen, y al ver Fernando que se acercaba hacia el lugar en que él estaba, abandonó el quicio de la puerta donde estaba apoyado, en el preciso instante que una preciosa joven caía al suelo, derribada por un formidable puñetazo de su amante.

El que así trataba a la infeliz muchacha era el "Buitre", el truhán más temido entre toda aquella gente del hampa, que le habían dado este nombre por sus feroces instintos.

Al ver aquel acto de verdadero salvajismo, Fernando no pudo contener el impulso de sus nobles sentimientos y salió en defensa de la débil mujer, sin detenerse a pensar en la brutalidad de su adversario, que de un tremendo puñetazo lo derribó contra el empedrado donde quedó sin conocimiento.

Fué tal la violencia del golpe recibido, que de la frente del aristócrata empezó a manar una gran cantidad de sangre, que la maltratada joven se apresuró a restañar con su pa-

ñuelo, a la vez que ordenaba a una de las mujeres que formaban el grupo de curiosos.

—¡Mientras me ayudan a subirlo a mi



*El Destino, cruel a veces con algunos seres, había cruzado en la vida de la inocente muchacha a aquel hombre...*

cuarto, vaya usted a buscar a un médico, tía Fermína!

El Destino, cruel a veces con algunos se-

res, había cruzado en la vida de la inocente muchacha a aquel hombre desprovisto de todo sentimiento humano, que le había impuesto forzosamente su voluntad, amenazándola de muerte.

La gentil Susana, a pesar de la mísera vida que llevaba con el "Buitre", era una demostración evidente de que Whitechapel podía dar flores tan delicadas como cualquiera de los barrios más aristocráticos de la ciudad.

En su completa orfandad, Susana no tenía más protección que la de Pedro Smith, eterno adorador de su frágil belleza y a quien ella profesaba un verdadero cariño de hermana.

Algunas horas después del incidente que tenía postrado sin conocimiento a Fernando en la cama de Susana, entró aquél y le dijo:

—¿No sabes la gran noticia? ¡El "Buitre" ha sido arrestado por un robo que cometió la última semana!

Y fijándose en el herido le preguntó, extrañado:

—¿Qué hace ese hombre aquí?

Susana recordó la noble actitud de su defensor y con la voz velada por la emoción y la gratitud, le refirió lo que por ella había hecho su generoso desconocido.

Había tal vehemencia en las frases de la joven, que Pedro no tardó en comprender que

en el corazón de su amiga se había despertado el mismo sentimiento que él sentía por ella y exclamó:

—¡Susana, tú sabes cuánto te quiero!... ¿Por qué no correspondeste a mi cariño?

—¡No digas tonterías, Pedro!... — repuso ella, abrazándolo cariñosamente—. ¿Cuántas veces tendré que decirte que no siento por ti más que cariño de hermana?

—¡Pero tú no vas a quedarte aquí sola con él! Piensa que si el "Buitre" lo sabe, y en el barrio abundan los "soplones", puede ocurrirte una desgracia.

—No pases cuidado por mí. El médico ha dicho que no tardará en recobrar el conocimiento y que después de algunos días de reposo volverá a estar completamente bien.

Llegó la noche y entonces se presentó para Susana el verdadero conflicto. En la casa no había más habitación que aquella ni más cama que la que ocupaba Fernando, que permanecía todavía en un apacible sopor.

No por eso se amilanó la valerosa joven, sino que tendió una manta sobre el suelo y en aquel duro lecho permaneció toda la noche velando el sueño del herido.

Mientras tanto en el domicilio de Fernando, Amalia pensaba en la ausencia de su marido y le decía a su prima:

—Comprendo que poco a poco se va ale-



jando de mí, y no me atrevo a preguntarle el por qué. ¿Esta semana de "golf" será verdad, o es sólo un pretexto para huir de nuestro lado?

—Fernando ha quedado en volver dentro de pocos días y estoy segura que cumplirá su palabra — le contestó Felisa, procurando tranquilizar la ansiedad de la joven esposa.

\*  
\*\*

Pasaron los días con desesperante lentitud para Amalia, que cada vez notaba más la ausencia del marido que no había sabido comprender, y rápidos, con esa velocidad con que pasa la dicha, para Susana, que durante ellos había sabido ser una cariñosa enfermera para Fernando.

Este, sin proponérselo, había despertado en el corazón de la humilde obrerita el único amor de su vida y en el momento de la despedida se abrazó a él, con la desesperación del naufrago, diciéndole:

—¡Fernando, aunque no lo quieras, me perteneces un poco, porque fui yo la que te salvé!

—¡Pobre niña! — exclamó Fernando acariciando los dorados cabellos de la muchacha—. ¡Yo no te puedo querer! Vuelve a tu

fábrica y el trabajo te hará olvidar pronto el sueño de estos días.

—¡Volver a la fábrica!... ¿Crees acaso que van a admitirme después de una semana de ausencia?

—Eso es lo de menos. Yo te haré un certificado de médico.

Al oír esto, Susana se separó bruscamente de él y exclamó indignada:

—¿Ese es tu oficio?... ¿Me has estado engañando como un miserable falsario?

—No, Susana, yo te explicaré todo, porque lo mereces por la bondad de tu alma.

Pero la explicación que Fernando pensaba darle, descubriéndole toda la verdad de su vida, no pudo siquiera empezarla, puesto que en aquel momento entró como una tromba Pedro, que dijo:

—¡El "Buitre" se ha escapado de la cárcel!... Alguien le ha ido con el soplo y lo sabe todo... ¡Ha dicho que quiere matarte!... Tú no tengas miedo, ese bárbaro no te tocará ni a un pelo de la ropa, porque yo lo mataré antes.

Fernando se acercó a la joven y estrechándola entre sus brazos, la tranquilizó diciéndole:

—Susana, no quiero dejarte sola, pero tengo que marcharme... Esta noche volveré.

No obstante, la enamorada muchacha se re-

sistía a dejarle marchar y Fernando tuvo que repetir su anterior promesa para desasirse de los brazos de la joven y poder salir de la habitación.

La noche del regreso de Fernando, una extraña coincidencia puso a Amalia sobre la pista de la mentira del fingido viaje de su esposo.

Una antigua familia había regresado de Escocia y la señora, acompañada de su hijo, fueron a reanudar su antiguo trato.

Amalia, con esa discreción propia de toda mujer enamorada que quiere conocer algo que le interesa, le preguntó al joven.

—¿Supongo que se habrá divertido mucho durante estos últimos días?

—Si no fuese por la semana de "golf", que resultó espléndida, nadie pisaría esa tierra salvaje de Escocia.

—¿No vió usted allí a Fernando? — volvió a preguntar Amalia, y ante la negativa de él exclamó:

—Es muy extraño, pues hace una semana que salió para Escocia.

—Es imposible que se me haya escapado — repuso el joven—. En los partidos de "golf" todo el mundo se encuentra.

Amalia había conseguido lo que pretendía. Ya estaba segura de que su marido no había ido a Escocia. Entonces, ¿por qué le había

mentido, por qué había fingido aquel viaje? En el corazón de la joven esposa empezaba a desencadenarse una lucha de encontrados sentimientos y su amor, más fuerte que su orgullo y su timidez, gritó con toda la fuerza de una pasión irresistible.

No había hecho más que salir la extraordinaria visita, cuando apareció Fernando irrochablemente vestido y besó respetuosamente a su esposa, que sintió recorrer por todo su cuerpo la frialdad de aquel beso.

Al mismo tiempo, Felisa regañaba a Gerardo, que había entrado momentos antes, diciéndole:

—Esta noche se ha hecho usted esperar, Gerardo.

—Es verdad, pero no es culpa mía. Estoy muy atareado sobre la pista de un fugado de la cárcel, apodado el "Buitre". O mucho me equivoco, o esta noche lo "cazaremos" en Whitechapel. Seguramente volverá a su domicilio porque, según parece, se ha fugado para vengarse de alguien.

—Sin duda me divertiría mucho ayudándole a capturar a ese hombre... pero soy tan perezoso... — intervino Fernando—. Además esta noche tengo que salir.

—Fernando, ¿por qué quieres salir otra vez? — le preguntó Amalia, casi llorando.

—Perdona; no es que yo *quiera* salir aho-

ra, es que *debo* salir — repuso él, sin tener en cuenta la actitud de su esposa, que volvió a suplicarle:

—Tus ausencias continuas, Fernando, acabarán por alejarnos definitivamente... por poner una barrera infranqueable entre los dos...

—Piensa un poco, Amalia, y dime después si esa barrera no será, más bien que el resultado, la causa de mis ausencias.

—¡Es verdad!... ¡Yo no soy tu esposa más que de nombre! — exclamó desconsolada.

—¿No fué tuya la culpa?

—No, porque yo soy una víctima de mi educación.

Y abrazándose por primera vez a él, le suplicó:

—¡Fernando, yo quiero ser tu esposa!... ¡No te vayas!

—Comprende, Amalia, que por mi gusto me quedaría aquí eternamente — contestó él, apartándola delicadamente.

—Entonces, quédate... No comprometas nuestra felicidad con tu constante abandono.

—He dado a una persona mi palabra de que esta noche iría a verla, y yo no falté nunca a mi palabra, bien lo sabes.

Nadie como ella podía, desgraciadamente, asegurarlo. El día de su boda le dió palabra de no molestarla como esposo, hasta que ella misma se le ofreciese y la promesa estaba

en pie sin que nunca hubiera pretendido violarla.

Ajenos a la conversación de los dos esposos, en la habitación inmediata, Gerardo ex-



—¿No fué tuya la culpa?

primia su cerebro, buscando frases con que poder expresarle a Felisa su amor, hasta que por fin le dijo:

—Estese quieta un segundo, que voy a adivinarle su pensamiento.

Le miró ella fijamente y él, al verse reflejado en la belleza de aquellos ojos azules co-

mo el cielo, no pudo contenerse y la estrechó contra su corazón.

Ante lo imprevisto de la acción, la joven empezó a golpearle la espalda, en señal de protesta, pero bien pronto los golpes fueron debilitándose, hasta convertirse en un amoroso abrazo.

Al mismo tiempo, en la casa de Susana, Pedro trataba de convencerla diciéndole:

—Fernando ya no volverá, estoy seguro de ello. Ha visto el peligro y ha huído de él. No seas tonta, Susana, huyamos de aquí, de este barrio, de Londres, si es preciso. A mi lado nunca te faltará nada.

Pero la joven tenía una ciega confianza en que Fernando volvería y se negaba decididamente a seguir los consejos del enamorado Pedro.

\*\*

Fiel a su palabra, Fernando Saint Clair cumplió su promesa de volver a casa de Susana. Cuando llegó, llamó a Pedro y le dijo:

—Yo quisiera que llevases a Susana a alguna parte hasta que el "Buitre" vuelva a estar a la "sombra". Te daré lo que quieras a cambio de este favor.

Y le mostró un abultado fajo de billetes.

—¡Pero, Fernando! ¿es que has asaltado

un banco? — le preguntó Susana, extrañada de verle tanto dinero—. ¿Es quizá por ese "golpe" por lo que no puedes vivir conmigo?

Dudó antes de contestarle y comprendiendo que aquel era el mejor medio para desengañarla, movió la cabeza en sentido afirmativo a la vez que decía:

—Susana, has sido muy buena para mí... te debo la salud, la vida, tal vez; pero tenemos que separarnos... que olvidar nuestro encuentro.

—Yo no soy hombre y, por lo tanto, no olvido tan fácilmente como ellos — repuso la joven, sin poder contener el llanto que la ahogaba—. Tú has despertado mi corazón, Fernando... quizás sin proponértelo, ya ves si quiero ser justa... Mi alma no había conocido el amor hasta que te conocí a ti — y ante la frialdad de él, no pudo Susana contener por más tiempo el desbordamiento de aquel amor que la consumía y exclamó, abalanzándose a su cuello:

—¡Fernando... Fernando mío... quíereme un poco; yo en cambio te ofrezco toda mi vida!

El ruido de unos pasos, que hicieron cruzar los carcomidos escalones de la vieja escalera, cortaron el amoroso diálogo y por un momento creyeron que sería Pedro que volvía de nuevo, pero la cautela del que subía

hizo sospechar a los jóvenes que tal vez fuera el "Buitre" que llegaba a cumplir su promesa.

En efecto, sus sospechas se confirmaron bien pronto con la entrada de aquel desalmado, que al ver a Fernando sonrió siniestramente.

Este, sin inmutarse por la actitud poco tranquilizadora del visitante, le dijo:

—Me parece que te has equivocado de puerta, amigo.

El antiguo amante no quiso responder a aquella ironía y exclamó, avanzando hacia Fernando:

—Tú y yo tenemos una cuenta pendiente y ahora mismo la vamos a saldar.

Desde aquel momento, entre los dos hombres se libró una lucha a muerte. Más que seres humanos, semejaban fieras que luchaban poseídos de un instinto sanguinario.

El "Buitre", mucho más fuerte que su adversario, consiguió derribarlo a tierra y su diestra se alzaba ya armada del cuchillo asesino, cuando Susana, que desde un rincón de la habitación contemplaba espantada la terrible escena, descargó sobre la mano del criminal un terrible botellazo, que le hizo soltar inmediatamente el cuchillo.

Otra vez empezó la lucha, más enconada si cabe; que en un principio y Fernando su-

cumbía bajo la fuerza hercúlea de su rival. Indudablemente la victoria era de éste, pero la joven, comprendiendo el peligro que corría el hombre amado, cogió el arma que yacía en el suelo y la hundió en el pecho del "Buitre", que cayó como tocado por un rayo.

La situación se hacía cada vez más complicada y Fernando, comprendiéndolo así, sacó su cartera en la que llevaba algunos billetes y se la entregó a la joven, diciéndole:

—Toma, huye y espérame en la estación; allí nos encontraremos.

Mientras huía Susana, arrastró el cadáver del "Buitre" hasta ocultarlo debajo del sofá, arregló la destartalada habitación, recogiendo las sillas y la mesa que habían rodado durante la lucha y se acercó a la ventana, para convencerse de que la muchacha había desaparecido. De pronto el corazón le latió con violencia; había visto entrar a dos hombres y en uno de ellos reconoció a su amigo Gerardo Sladen. Apagó la luz con el objeto de despistar en lo posible a los detectives y cuando éstos entraron, los encañonó con su pipa, cogida a guisa de revólver, y gritó:

—¡Manos arriba!

Obedecieron estos la orden y Fernando, fingiendo que hasta entonces no los había reconocido, exclamó:

—¡Qué sorpresa, Gerardo!... Te había to-

mado por el "Buitre"... He venido a ayudarte a capturarlo...

El azoramiento de Fernando era tan manifiesto que Gerardo empezó a sospechar de su actitud y le preguntó:

—¿Hace mucho que estás aquí?

—Sólo hace dos minutos que he llegado — repuso aquél, cada vez más nervioso.

—Y ¿dónde te has cambiado de ropa?

—En la misma estación.

—Entonces podrás enseñarme el talón de tu maleta, puesto que la has depositado allí.

Fernando fué a sacar la cartera, donde conservaba el talón, pero inmediatamente se acordó que acababa de entregársela a Susana con todos sus documentos. No obstante fingió continuar buscándola por los demás bolsillos mientras que el detective recorría con su mirada de lince toda la habitación y descubría el cadáver del "Buitre".

Ante aquel hallazgo, comprendió Fernando todo el peso de su responsabilidad y salió sin atreverse a decir una sola palabra que justificara su proceder.

\*  
\*\*

Susana, tan pronto como se vió lejos de su casa, abrió la cartera que acababa de entregarle Fernando y vió que aquella contenía

su dirección, un talón de ferrocarril y el retrato de una mujer.

Impulsada por el deseo de conocer a aquella mujer, que sin duda le robaba el amor de Fernando, retiró la maleta de la estación y poco después se presentó ante Amalia y su prima, diciendo:

—He encontrado el talón de esta maleta y la he retirado para entregársela a su propietario.

—El señor Saint-Clair ha salido — repuso Amalia—. Yo soy su esposa y puede entregármela a mí.

Al oír la palabra "esposa", Susana sintió que toda su sangre se le agolpaba en las sienes; se le nubló la vista y hubiera caído al suelo, de no sostenerla las dos mujeres que le preguntaron solícitas:

—¿Se siente mal?

—No... no ha sido nada... Es que esta noche he visto matar a un hombre y estoy un poco impresionada.

—¿Dónde encontró usted el talón de la maleta? — volvió a preguntarle Amalia, así que la vió más tranquila.

—No quiero seguir engañándola más, señora — repuso Susana—. No he encontrado el talón, sino que me lo ha dado su marido.

—¿De modo que usted sabe dónde está?

—Sí, señora, y sé que en estos momentos

corre el peligro de ir a la cárcel. La policía lo persigue por haber asaltado un Banco.

Y Susana, que había creído cuanto le había referido Fernando, le contó a su esposa todo lo que entre ellos había sucedido, hasta el momento en que ella huyó de la casa.

—Y ese hombre que usted ha visto matar... ¿Tal vez fué mi marido quién...? — preguntó, alarmada Amalia, sin atreverse a terminar la frase, que quemaba sus labios.

—Uno de mis amigos quería asesinarlo y yo lo impedí matando al criminal — confesó, por fin, la infeliz muchacha.

Amalia comprendió todo el inmenso dolor por que pasaba la joven en aquellos momentos y compadecida de su triste suerte, la ocultó en el salón de billar, antes que entrara Sladen, a quien anunciaba un criado.

No tuvo más que el tiempo preciso para cerrar la puerta, cuando se presentó el detective a quien Felisa le preguntó:

—¿Parece que has terminado pronto el asunto de ese criminal que perseguías?

—Sí, le hemos encontrado muerto, y a juzgar por las apariencias, el hombre que vivía con esa muchacha es el culpable... Andamos detrás de él y no tardaremos en saber quien es.

—¿Y dónde está ahora la muchacha?

—Ha huído, pero pronto daremos con ella. La forma de expresarse del detective de-

notaba que sabía mucho más de lo que decía y Amalia, para evitar un futuro peligro, llamó a parte a su prima y le dijo:

—Procura entretener a Sladen mientras yo voy a ver si puedo telefonarle a Fernando. Quizás esté en alguno de sus clubs.

Bastó a Gerardo los breves momentos que invirtieron las dos mujeres en cambiar las anteriores palabras, para darse cuenta de que en el salón de billar había una persona escondida y para fijarse en la maleta que había traído Susana y que dejaron en la sala. Así es, que cuando Felisa vino a invitarlo para dar un paseo por el jardín, él propuso, sin darle importancia a su proposición:

—¿Qué les parece a ustedes si en vez de pasear hiciéramos una partida de billar?

Amalia y Felisa se miraron sin saber qué partido tomar, pero la aparición de Fernando vino a solucionar aquel gran conflicto en el que tan inesperadamente se encontraban.

La actitud de Fernando era la de un hombre que nada tiene que reprocharse, y sonriente y tranquilo se acercó a Gerardo, ofreciéndole la mano, que este estrechó a la vez que decía:

—Es necesario que hablemos a solas, Fernando.

—Cuando quieras — repuso, indicándole la dirección de su despacho.

Una vez solos los dos hombres, Sladen, que jamás olvidaba su misión detectivesca, le preguntó:

—¿Eres tú quien ha matado al "Buitre"?

Fernando antes de responder, se acordó del abnegado comportamiento de Susana, cuya salvación dependía de él en aquel momento y contestó sin vacilación:

—Sí, Gerardo, yo he sido el que lo ha matado.

—Entonces, ¿me permites que utilice tu teléfono?

—Sí; puedes avisar a la policía. En el salón me tienes a tu disposición.

Nuevamente volvía a ser Fernando Saint-Clair el hombre flemático de siempre, al que ningún acontecimiento alteraba su innata apatía.

Sin embargo, al ver a su esposa, sintió correr por sus venas todo el fuego de su pasión, contenida durante tanto tiempo y exclamó:

—Amalia, esta noche las apariencias me condenan ante ti... Pero créeme, eres tú la única mujer a quien amo... la única mujer a quien puedo amar...

—Te creo, Fernando... Mi alma también está sedienta de tu amor.

Y al ver a Gerardo que entraba, se dirigió hacia él, diciéndole:

—Sladen, Fernando es mi marido. Si so-

bre él hay el peso de una culpa, yo quiero compartir su responsabilidad.

—No es necesario — repuso el detective—. Acaban de comunicarme que esa tal Susana se ha presentado a la policía, confesándose autora del crimen y se ha hecho conducir aquí por la policía.

—¡Esa mujer miente... miente para salvarme! — exclamó Fernando, pensando en el abnegado sacrificio de la joven.

Pero Gerardo, que se había valido de aquel ardid, para saber hasta donde podía alcanzar la responsabilidad de su amigo, comprendió en seguida, por su enérgica protesta, que era inocente y trató de disuadirlo de su propósito, diciéndole:

—Pero escucha, Fernando... de amigo a amigo... ¿No vale más dejar las cosas como están?... ¿No comprendes que al mezclar tu nombre en un escándalo como este, mezclas también el de tu esposa?

Fernando no supo qué contestar; abrumado por el peso de la verdad de aquellas palabras, guardó silencio durante largo rato, con la vista fija en el suelo.

Sladen aprovechó aquel momento de indecisión, para conseguir salvar a su amigo y le suplicó a Amalia:

—¿Quiere usted hacer el favor de abrir



esa habitación, donde está encerrada la joven que buscamos?

Amalia hizo lo que le pedía y Fernando, al ver salir a Susana, reaccionó del estado de inconsciencia en que se hallaba y le preguntó:

—¿Por qué has venido aquí?

—Porque en tu cartera encontré el retrato de una mujer... y quería conocerla... ¡Perdóname, Fernando... Nunca más volveré a molestarte... Que seas todo lo feliz que te mereces!...

Gerardo había salido para llamar por teléfono a la policía y los dos esposos aprovecharon su ausencia para poner en libertad a la joven.

Cuando volvió Sladen preguntando por ella, Fernando quiso llevar hasta lo último su generosa acción y exclamó:

—La he dejado marcharse... Si quieres arrestar a alguien, aquí me tienes a mí...

—No vale la pena — contestó Gerardo — Acaban de decirme que el "Buitre" no está muerto, sino herido. Si lo hubiese sabido antes, no hubiera molestado a nadie.

Una hora después, la tétrica sombra que había amenazado con perturbar la constante rigidez de la suntuosa morada de los Saint-Clair, había desaparecido y el palacio volvía a quedar sumido en el más profundo silencio.

Los dos esposos eran los únicos seres que permanecían hablando a aquella alta hora de la noche. Sus corazones, que durante tanto



—¡Perdóname, Fernando!

tiempo habían permanecido callados, se desbordaban ahora en frases de ternura, como si quisieran recuperar en un instante toda la felicidad que habían despreciado hasta entonces.

La borrasca que había amenazado su dicha, llevó a sus almas la tranquilidad y aquella barrera que el orgullo y la apatía había hecho aparecer infranqueable, desapareció al

contacto de un beso apasionado, como si las llamas de un amor puro la hubieran convertido en cenizas que el viento se encargó de esparcir.

En aquel drama, como en todos los de la vida, había habido también una víctima: la pobre Susana.

Había ésta comprendido que su amor fué un delicioso sueño irrealizable, y vuelta a la realidad, se encontraba de nuevo en Whitechapel, sola y abandonada, llorando con infinita amargura la desilusión de su vida.

Ante sus ojos, se deslizaban con suave murmullo las aguas de uno de los canales de la capital, ofreciéndosele como único lenitivo a su dolor.

Insensiblemente se acercó a él, pero unos brazos robustos la detuvieron. Era Pedro, que no desesperaba de conseguir el amor de la joven, y acariciándola amorosamente le dijo:

—Ha sido un gran desengaño para ti, Susana, pero no te importe... Yo con mi cariño sabré hacerte olvidar esta pena de ahora...

La infeliz muchacha, ahogada por los sollozos, no pudo contestar, ocultó su carita de Dolorosa junto al pecho de su noble amigo y aceptó, resignada, el sacrificio que le imponía el Destino.

FIN